

## OPERA.

¡Qué triste carrera es la del artista lírico cuando al presentarse a la escena lleno de zozobras i de esperanzas, palpitando de emoción a cada soplo del público no recoge un aplauso i se retira frío, desalentado, dudando de su arte i maldiciendo su fortuna! Si este artista es una mujer, mayor es su infortunio; el público que paga es el advenedizo mas insolente; juez prevenido siempre, dispuesto a probar su gusto con una injusticia o a ser intolerante para manifestar su independencia con las monedas insignificantes que ha dado a la entrada. Cuando una hermosa cantarina dominando esa multitud ansiosa de emociones, se ajita como una harpa eolía en el espacio i lanza sus notas apasionadas como el eco de un instrumento invisible, se ven en su persona, en su fisonomía las vibraciones de su alma; su voz se hace trizas de dolor, todo su ser se conmueve i se deshace en armonía. Entónces para el público, aquel ser es una cosa anjélica i se siente arrebatado de entusiasmo, o sumido en el sueño del deleite bajo la impresión fantástica de mil delicias. Lluven entónces las coronas, la cantarina se estremece de placer atormentada deleitosamente por el arte i el aplauso, i en su delirio febril quizás no sabe qué elegir entre ese placer inquieto i abrasador del arte i el frío recibimiento de un público gastado. ¡Qué de noches horribles para una que se consigue inquietamente deleitable! Todas las semanas ventos salir a la escena esas musas de la armonía para divertir la multitud caprichosa, avara de aplausos, ingrata en demasia. Dentro de poco tiempo aquella mujer que llenaba de entusiasmo a los concurrentes por un mezquino aplauso, deja de aparecer en las tablas, se retira mas o menos consolada i muere en el olvido como un ins-

trumento roto relegado en algun rincon. Esa vida consagrada al público; esa voz gastada en interpretar los ecos mas desconocidos del alma melodiosa; esa hermosura de formas al servicio de la mas ideal de las artes; todo se olvida. La ingratitud es el único recuerdo del público insaciable de placer. Colmad siquiera de aplausos, mientras dura el astro, a vuestra favorita. Solo el presente existe para los cantores; su gloria se compone de esas sutiles exhalaciones de la voz que mueren al salir de los labios. ¿Quién podrá recordar la música que estos han derramado? ¿Quién percibirá ese perfume de melodias una vez cerradas las rosas de los labios? ¿Qué corazon volverá a estremecerse, perdido ya aquel acento arrancado del alma misma de la cantarina. . . .?

Todas estas consideraciones melancólicas se nos vienen a las mientes las noches que asistimos a la ópera. Siempre esa escasa muchedumbre sin corazon i sin manos, parecida a un hombre enbozado en su capa hasta las orejas; siempre de parte de los cantores un entusiasmo frenético por su arte i esfuerzos increíbles rara vez aplaudidos. El público i los artistas parecen desalentados; un frio glacial entumece todos sus miembros; i la inmensa lámpara con su círculo de fuego parece ser el único viviente. — No se puede decir que falta novedad en los espectáculos. Ayer no mas se daba *Nabucodonosor* con sus hermosos coros i esas armonias orijinales i nuevas de Verdi que nos hacen recordar la Alemania, el pais de la harmonia.

Tambien hemos oido con gusto al autor de *Luisa Strozzi*, Sanelli, opera graciosa, nueva en sus motivos i vaciada un poco en el molde de Verdi i Mayerbeer. Esta nueva faz de la música italiana, este prurito de instrumentacion tomado de los alemanes, no sienta mucho a los músicos meridionales de la Italia, poetas epicureos hasta en esas rejiones impalpables. Pero era preciso llegar a ese último escalon; los italianos son adoradores de lo bello como lo comprendia Rafael en sus puros diseños. Los alemanes han hecho dobles esfuerzos i han querido hacer servir la música para todo; carácter, situacion, pasion, sentimientos, todo puede tocarse, todo puede expresarse por medio de notas musicales. ¿Se podrá conseguir? La precision fuera de ciertos sentimientos jamás podrá obtenerse en la música. Los alemanes han querido *trancher du Miguel Anjel* sin tener los recursos de los colores, las líneas i las sombras. Pero tambien podian pretenderlo por ese grado de ciencia musical a que han llegado; ciencia que no se ejercita en Italia, donde apenas se ven duos i tríos. ¿En qué ciu-

dad de Alemania no se oyen magníficos cuartetos i quintetos?— Es preciso confesar tambien que en Paris hace mui pocos años que ha logrado hacerse oír la música de Beethoven, i en jeneral la verdadera música alemana. ¡Tanta estrañeza les causaba esa vaguedad de frases musicales, esa profundidad a veces i esa traduccion imitativa de cosas i sentimientos nunca ensayados!

La música de Verdi jamas tendrá su efecto natural sin una rica orquesta. ¿Quién no ha sentido su falta en el *Atila*, esta esplendorosa vejetacion de armonias, sobre todo en el momento en que pinta el dia levantándose sobre la creacion con un *crescendo* de variados cantos?

El beneficio de la señora Pantanelli, en que han brillado a la par la señora Rossi i los señores Bastogi, Lanza i Zambaiti, no ha sido de los mas concurridos; pero la funcion ha correspondido a las esperanzas: nunca se encuentra inferior, cualquiera que sea su papel, a la señora Pantanelli; lo mismo diremos del señor Lanza. Algo podriamos indicar sobre ciertas pequeñeces, pero ellas no pueden hacernos olvidar jamas el canto apasionado de la señora Pantanelli, las graciosas notas de la Rossi, sobre todo en el *Elixir*, composicion que ella ha hecho expresamente suya, i la fácil ejecucion del señor Lanza en su admirable papel de *Dulcamara*.

---